

Reseña

RESEÑA: Claudio Solari, Rafael Iglesia. *Lecturas en la Construcción de una poética*, CABA, Diseño, 2022

Fernando Aliata*

Universidad Nacional de La Plata
f.aliata@yahoo.com

Fecha de envío: 11 de junio de 2024
Fecha de aceptación: 14 de junio de 2024
Fecha de publicación: Julio de 2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

* Fernando Aliata nació en La Plata en 1953. Es arquitecto (UNLP) y doctor en historia (UBA). Realizó además estudios de posgrado en el IUAV, Italia, entre 1983 y 1986. Actualmente es profesor titular e investigador independiente del CONICET en la FAU UNLP, así como subdirector del Instituto HITEPAC. Ha sido presidente de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia y director del Doctorado de la FAU UNLP. Ha publicado diversos artículos y libros de historia de la arquitectura y la ciudad referidos sobre todo a la primera mitad del siglo XIX y la segunda mitad del siglo XX, entre ellos se destacan; *Diccionario de Arquitectura en la Argentina* (con Jorge Liernur) (2004); *La ciudad regular* (2006); *Carlo Zucchi, Arquitecturas, decoraciones urbanas, monumentos* (2009) y *Estrategias proyectuales* (2013).

La primera dificultad que encuentro para hacer este comentario del libro es que el prólogo que realizó Ana María Rigotti es tan exhaustivo y completo que deja muy poco que decir en relación al texto. Escrito desde la emoción y el recuerdo, precisa con claridad los tópicos centrales de la personalidad y la poética de Iglesia y el modo en que Claudio Solari interpela al personaje. Más allá de esta grata impresión inicial, nos encontramos frente un libro que quiebra radicalmente la tradición de los trabajos monográficos acerca de los arquitectos. Es que en general, los textos de este género, presentan una introducción y luego un catálogo razonado con las obras ordenadas desde algún punto de vista. Este libro no es así, tiene una estructura singular que responde a lo difícil que resulta hoy hablar de Rafael Iglesia, un tema transitado por múltiples autores en los últimos diez años y sobre el cual se han trazado diversas hipótesis y conjeturas.

Veamos la estructura. Luego de una introducción donde el autor esboza sus principales hipótesis, presenta los rasgos biográficos más significativos del personaje. En una segunda parte, trata de dilucidar la poética que está detrás de la obra del arquitecto. Allí Solari va analizando tópicos que le permiten reconstruir una práctica a la cual va entremezclando con precisos análisis de la obra. El juego, el valor de los ensayos, la tectónica, la representatividad, el sitio, la frecuentación, el programa, las fronteras de la arquitectura, son la serie de caras de un prisma que permite analizar, sin perder la unidad de propósitos, la compleja amalgama de sus intereses y obsesiones. La última parte coloca a Iglesia en su contexto epocal, en una diferente generación de arquitectos sudamericanos que se negaban a asumir la contingencia de "lo propio" como característica diferencial en el contexto internacional.

Si vamos más allá de la secuencia de capítulos, estamos frente a un texto diferente que tiene una matriz ensayística sin dejar de proponer una investigación rigurosa. Lo más singular y lo que permite construir una paleta importante de nuevos conocimientos, es que el autor se propone seguir la pista, el rastro, que se encuentra precisamente en la biblioteca de Iglesia, en sus libros, en sus anotaciones al margen en las cuales podemos encontrar una no explorada parte de su poética personal. De allí que el texto tenga un recorrido diferente, donde el pensamiento, la obra y las lecturas del arquitecto se entrecruzan continuamente. En definitiva, esto nos permite vislumbrar cómo se construye un modo de hacer por fuera de las estrategias tradicionales de hacer arquitectura moderna, ampliando las fuentes, los razonamientos, generando entrecruzamientos inesperados. Creo que ese método de indagación es lo más sorprendente, lo que estructura el resto de la investigación y presenta una faceta nueva para construir una interpretación.

Mirando la obra de los grandes arquitectos nos damos cuenta que muchas veces lo que caracteriza su originalidad es la mezcla de cosas diversas y contrapuestas. Es lo que nos dice Paul Valery según una cita que Solari utiliza: "el artista ve y construye estratégicamente relaciones entre aquello que otros no ven". Es así como le Corbusier mezcla las indagaciones de Perret acerca del hormigón armado con las experiencias de las vanguardias para crear su propia poética o como Wright mixtura los *Arts & Crafts*, la arquitectura japonesa y las enseñanzas de Sullivan para generar su arquitectura orgánica. Y eso es lo que descubre el autor en la poética de Iglesia:

esa posibilidad de producir concordancias entre trayectorias de lecturas, experiencia artesanal y desprejuiciadas exploraciones estructurales.

Tafari decía que lo mejor para un historiador sería poder saber qué pensaba Palladio a la mañana cuando se levantaba, cuál era su pensamiento íntimo acerca de la crisis religiosa del siglo XVI, o como influyó en él la muerte temprana de sus hijos. Pero sabemos que esto es imposible. De todos modos, hoy tenemos mejores accesos a las fuentes, poseemos archivos personales, institucionales, entrevistas, un número amplio de imágenes, que nos permiten una perspectiva distinta, aunque percibimos que muchas de esas fuentes corren peligro de desaparecer. Esta abundancia de registros nos permite hoy otorgarle mayor importancia a la vida personal, a los avatares de la existencia para entender la obra de un arquitecto. En efecto, algunos trabajos recientes contruidos como biografías han servido para entender mejor la obra de muchos personajes y la sutil lectura que Solari nos ofrece de la biblioteca de Iglesia, permiten confirmar muchas cosas y explorar otras nuevas.

Veamos cómo el autor se lanza a la reconstrucción de esa poética a partir de una precisa serie de fuentes que incluyen libros diversos: ensayos, filosofía, literatura, arquitectura, en una familia amplia y diversa de autores que va de Borges a Martínez Estrada, Valery, Deleuze, Guattari, Benjamin, Bretch, Foucault, Morales, Quetglas, textos que Iglesia lee y subraya y que le permiten a Solari una paciente reconstrucción de la incidencia de dichos textos en sus reflexiones, escritos y por consiguiente en sus obras. A ello le suma una serie de entrevistas a colegas y amigos, así como un preciso conocimiento de la obra que analiza con maestría. Pero el objetivo no es dar cuenta documental de su producción, algo ya ensayado por otros autores e innumerables artículos en revistas, sino poder entender su proceso de creación.

Y allí nos dice el autor, siguiendo a Valery, que no hay otro modo de construir una poética si no es mediante el hacer. La prueba y el error, la reiteración de las acciones exitosas es lo que va generando un modo, una conducta que se reitera y construye una homogeneidad de principios. No hay una preceptiva previa que debe seguirse, la poética se construye.

Lo curioso en Iglesia es su tardía mutación. Formado en el modo tradicional de hacer arquitectura moderna profesionalista en Argentina, el acercamiento al grupo R, el contacto con el nuevo campo internacional, las lecturas, la reflexión constante, es lo que lo moldea y es lo que produce ya como arquitecto adulto su transformación radical. Su ingreso en una nueva etapa se origina en el momento en que las modalidades tradicionales de hacer arquitectura: el partido, los sistemas o las tipologías entran en crisis y el "proceso", aquello que encontramos en las vanguardias históricas, toma la delantera como *modus operandi* de la arquitectura, tal como lo señala en sus trabajos Carolina Kogan.

Hay además algo singular en Iglesia, ya que son muchos los arquitectos que recurren a la filosofía y a la literatura como recurso para construir su propia teoría arquitectónica. En un contexto caracterizado por el extraño matrimonio entre arquitectos y filósofos, tal como nos dice Graciela Silvestri, el sumergirse en áreas del saber por fuera de la arquitectura se transforma en un tópico recurrente a fines del siglo pasado. La mayoría de las veces este acercamiento sólo queda en una

aspiración que no logra conjugarse con la práctica y que torna muchas veces a los discursos de los arquitectos en algo ininteligible que cuesta relacionar con su obra. Solari nos demuestra, en cambio, y aquí tal vez está el logro más importante del libro, como Iglesia conjuga sus indagaciones literarias y filosóficas con sus transgresiones arquitectónicas. Su paciente reconstrucción de las lecturas, de los subrayados de Iglesias, nos permite ver la productividad de estos textos en su pensamiento y en la construcción de sus elaboradas memorias de los distintos proyectos. A diferencia de muchos arquitectos a los cuáles les es difícil escribir una explicación para un concurso o un proyecto, Iglesia tenía ese don, tenía la facilidad de que sus escritos fueran tan persuasivos como sus obras y que hubiese una conexión largamente meditada entre fuentes literarias, escritura y arquitectura; poder probar con claridad ese vínculo, lo reitero, es uno de los méritos del libro de Solari.

Viollet le Duc consideraba que la buena arquitectura era aquella que nos explicaba el modo en que las cargas del edificio llegaban al piso y como consecuencia hacía transparentes los procedimientos tectónicos, y eso sirvió de base para la formulación del sentido común moderno, de una moral de la arquitectura. La obra de Iglesia nos propone lo contrario, a pesar de su propia declaración de amor hacia la tectónica. La influencia de Paul Valéry, tal vez, lo encamina hacia la transgresión, la alteración, el extrañamiento que produce su obra. Los elementos se apilan, se apoyan solidariamente en un equilibrio precario a punto de desmoronarse como un castillo de naipes. El dimensionamiento de las partes no surge de los pesos que deben soportar, sino que son resultado de un juego que el arquitecto emprende alterando los elementos y sus dimensiones. Tampoco necesita un sistema constructivo eficaz del que pueda emerger una nueva arquitectura. No, los materiales pueden variar e incluso pueden traicionar su naturaleza o los códigos que sobre ellos ha construido la cultura. No hay rótulas, no hay nexos, no existe un capitel o una platabanda entre las columnas tronco y las losas. En definitiva, un cuestionamiento a toda certeza. Así como su fuente son los ensayos literarios, su obra es un constante ensayo que trabaja a prueba y error.

Pero en sus construcciones el sentido estructural no desaparece. El problema sigue siendo el equilibrio y el desplazamiento de las cargas, la presencia de esa dificultad básica de la arquitectura; pero Iglesia piensa, como Amancio Williams, que en el problema está la solución, que podemos disponer de modo distinto las cosas para solucionar un dilema. Un universo abierto en el cual podemos alterarlo todo. Tampoco el programa es lo importante, nos dice Solari, en definitiva, se puede cuestionar, se puede cambiar, se puede desestimar lo obvio para avanzar en otro sentido. Cada obra, cada realización de Iglesia, es un pretexto para poner a prueba ideas que ya estaban preconcebidas como ejercicios tectónicos abstractos.

Su sistema es la transgresión, el extrañamiento. Colocar algo fuera de contexto, alterar la sintaxis, la lógica tectónica y funcional para generar el asombro y la incomodidad. No necesita de programas excepcionales para lograrlo, el arquitecto puede reflexionar y transformar la arquitectura a partir de un quinchó, una escalera, un edificio de propiedad horizontal, porque no depende de la importancia social o la significación de la obra, sino de las obsesiones del propio arquitecto. Pero para ello hay que descender hacia lo arcaico, retornar a la sintaxis básica, a un orden que es anterior aún al dórico sin base, y allí repensar cada una de las intersecciones entre los materiales que conforman una arquitectura.

La última parte del libro sirve para colocar la personalidad de Iglesia en un contexto y una circunstancia histórica más general. Es interesante el modo en que Solari analiza la relación del arquitecto con la idea de lo latinoamericano. Y cómo él mismo puede explicarlo, a contrapelo del sentido común imperante, tomando como base precisamente el texto de Borges *El escritor argentino y la tradición nacional*, Iglesia puede reclamar la universalidad como base de la condición local.

Es destacable también el análisis de Iglesia como representativo de toda una corriente anti-productivista. Solari nos dice que su hacer se opone a la inserción de la arquitectura en la lógica del capitalismo global. Sus tiempos, la morosidad de sus realizaciones, parecen ubicarlo en las antípodas de los grandes estudios de la generación anterior y permiten pensarlo desde una perspectiva casi ajena, que tal vez marque la emergencia de un nuevo tipo de arquitecto.